

A vosotros me dirijo, pecadores, para intentar llevaros por el estrecho camino de la Salvación:

La fornicación es el arma del Maligno que os arrastrará hacia el infierno y el pecado. Pero, ¡ah!, existen viciosos irredentos que están habituados a los goces de la carne y consideran la fornicación como algo trivial e incluso aburrido, a no ser que sus calenturientas imaginaciones exciten sus ya agotados cuerpos. Y de esos actos perversos, el peor, el más condenable por Dios y por los hombres, es el pecado nefando, pecado contra la misma naturaleza, que a todos nos debería horrorizar, pero que a ellos les llena de alegría y goce sin límites.

¿Cuántas variedades existen de pecado nefando? Muchas, sin duda, pero no infinitas, porque infinito sólo es Dios. En su descaro, algunas rameras incluso llegan a anunciarse en los periódicos, ante la inexplicable pasividad de unas autoridades que ya no cuidan del alma de los ciudadanos. Esas prostitutas desvergonzadas ofrecen el llamado “beso negro”, que consiste en lamer el ano de su cliente, llegando a introducir la lengua. Indecible repugnancia nos causa, por mucha agua y jabón con que se lave antes; recordad que, en los aquelarres, este beso depositado sobre el macho cabrío constituía el símbolo de la sumisión a los designios de Luzbel. Si bien ahora ya no se castiga con la hoguera -qué época tan triste y relajada nos ha tocado vivir-, podéis estar seguros que arderán por siempre en los infiernos.

Las prostitutas también ofrecen el “griego”. ¡Cuán alejado de las virtudes de Sócrates, Platón y Aristóteles está el “griego” de hoy en día! Comienza por un coito normal -si es que normal puede ser una cópula fuera del Santo Matrimonio-; pero cuando el ardor de hombre y mujer alcanza su culmen, éste introduce su miembro viril en el abierto ano de ella, ayudándose de vaselina, aceite u otra sustancia oleosa. Que él obtenga placer al introducirse por un orificio estrecho que se contrae ante los embates del gozo, tiene alguna explicación, aunque sea fisiológica; pero no nos podemos explicar que algunas depravadas mujeres disfruten con ello. Acaso sea debido al roce del miembro viril sobre la parte posterior de su vagina, o por la apertura que sienten, más intensa aún que por el lugar que la naturaleza ha destinado para ello; o tal vez por la sensación de realizar algo prohibido de lo que no se puede hablar. Pero aunque existiere una explicación al placer femenino, no por ello sería menos reprobable.

Gracias a Dios, tan nefasto disfrute no llega hasta el matrimonio. En ninguna catequesis que prepare a las parejas cristianas se enseña a realizarlo; y cuando los hombres, torpes, convencen a sus esposas para que prueben -¡cuánta humilde obediencia debe la mujer al marido!-, las dañan y ninguna encuentra placer. ¡Si Satanás les enseñara, el casto matrimonio católico se derrumbaría! Ellos las excitarían antes con manos y lengua, lamiéndoles incluso las más recónditas partes, hasta que ellas les suplicasen sus miembros; pero en vez de concedérselos, dirigirían sus caricias hacia la oscura puerta que nunca debería tocarse, estimulándola de manera que por ella misma se abriera y se dilatara. Maléficos, no caerían en la trampa de tratar de penetrarlas todavía, sino que entonces, con un dedo untado en aceite u otra grasa, entraría para ensancharlas y acariciarlas por dentro, en especial por la delgada frontera interior que separa el ano de la vagina.

Sólo entonces esos discípulos de Satán pene-trarían en ellas, muy despacio y sin dejar de acariciarles ese clítoris tan castamente colocado delante para que sólo lo excite la postura llamada despectivamente “del misionero”, única manera en que un matrimonio cristiano debería rendirse -si no hay más remedio- a la concupiscencia. Los discípulos del demonio, pacientes como su maestro, incluso demorarán días o meses su primera entrada, jugueteando con el ano y

dilatándolo con mil sucias artimañas, para que el día en que llegue el momento la mujer esquive el dolor que merecería y sólo encuentre placer.

No quiero entretenerme más en este maléfico coito “griego”, pues alguien podría pensar que me refocilo en tales degeneraciones; y pasaré a denunciar otras prácticas anales no por secretas menos extendidas:

Todos sabemos que los homosexuales se entregan al pecado nefando. Nos causa asco, pero al menos son una minoría proscrita por la sociedad, a pesar de una mal entendida tolerancia. Sin embargo, ¿qué diríamos si descubriésemos que muchos varones ensucian el sagrado Sacramento del Matrimonio no solo practicando el griego con sus esposas, sino siendo penetrados por ellas? ¿No estallaríamos en indignación y santa ira? Pues precisamente esto sucede.

El inicio de tal práctica vino del Oriente degenerado y fastuoso. Al parecer, el “birmano”, como se le llama, consiste en introducir en el hombre -sí, en el hombre, un hombre tal vez casado y con hijos, que quizás vaya luego a Misa y comulgue sin remordimientos- introducirle, decimos, una velita como de cumpleaños impregnada de esa substancia oleosa que parece inseparable de las prácticas anales. Al parecer, si se realiza con destreza en el momento de antes del orgasmo, el varón alcanza un clímax mucho más intenso que normalmente. Pero... ¿todo ha de ser placer? ¿En qué lugar queda la castidad y la decencia?

Una vez iniciado el camino de la degeneración, detenerse es difícil. La mujer, ofendida en su castidad natural, debería exigir al menos que tan soeces prácticas se realizaran con la luz apagada. Pero en vez de ello, encuentra un depravado gozo en contemplar el ano de su compañero e introducirle cosas mientras acaricia su miembro. Puede ser una vela, ya no de cumpleaños, sino común, tallada en forma de pequeño pene. O quizás sea un vibrador anal comprado furtivamente en una sex-shop -tiendas del demonio, deberían llamarse-, que cuenta con un estrechamiento para que el esfínter se cierre sobre él. Pero lo más común es un dedo, la herramienta más flexible, creada en la mujer para la costura y demás tareas domésticas, y desviada de esta forma de su misión original.

Este dedo, untado en aceite, como siempre, puede moverse en el interior y acariciar así la próstata, que se encuentra delante del ano y a unos cuatro o cinco centímetros por dentro. De esta manera, la mujer -nos resistimos a llamarla esposa- proporciona al hombre un orgasmo mucho más placentero, pues con la otra mano o incluso, Dios la perdone, con la boca, deleita el miembro del hombre. De esta manera se pierde inútilmente el semen que sólo debería servir para la reproducción.

Pero no creáis que únicamente los varones ceden a tales tentaciones ignominiosas. También la mujer puede desear estos actos repugnantes. Así, quizás exija ser acariciada de manera indecente: con un dedo en el ano, otro en la vagina y el pulgar moviéndose sobre su clítoris. Y el hombre, Adán que sólo espera una Eva tentadora, cederá y lo realizará, recreando incluso su vista con ello.

Nos consuela pensar que si el varón no es cuidadoso e intercambia los dedos, quizás infecte la vagina y luego la mujer sufra picores. ¿Escuece, verdad, sucia pecadora? ¡¡Más escocerán las llamas del infierno!! ¡Y esas llamas no se curan, como la infección, con *Blastoestimulina* dos veces al día durante una semana! ¡Para el infierno no hay cura! ¿Te gusta que te metan el dedo por atrás y lo muevan suavemente, mientras te penetran por tu corrupta vagina? ¡Disfruta ahora, porque luego te arrepentirás cuando te condenes por los siglos de los siglos!

Orgías y desenfreno aguardan al final de la senda de la corrupción. Quizás la mujer desee estar con dos hombres. Y no uno detrás de otro, no, sino a la vez. Podría realizar un bocadillo,

permitiendo que los dos entren en su vagina al mismo tiempo. Puesto que hablamos sobre el ano, mejor no expliquemos cómo se hace. Pero tal vez prefiera ser penetrada a la vez por dos orificios distintos, colocándose entre los dos hombres, sea tumbada de lado o sobre uno de ellos. O quizás prefiera que uno de los hombres se coloque a cuatro patas y el otro realice sobre él un griego, mientras ella ordeña o chupa el miembro sobrante; o disponerse ella misma a cuatro patas como una perra mientras uno de los hombres la penetra -por cualquier sitio- y a su vez este hombre es penetrado por el otro, de forma que ella sienta un doble vaivén que estremezca sus entrañas. La imaginación humana para el mal es inabarcable.

Y llega hasta lo indecible. Algunos homosexuales -e incluso mujeres- desean lo que se llama, en un anglicismo, “fist fucker”. Es mejor que siga sin existir palabras para ello en nuestro idioma. Tal práctica consiste en meter ¡el brazo! por el ano. Increíble, pero cierto. Aunque incluso para aquellos pervertidos a los que un pene no les basta, han de realizarlo en un estado de máxima excitación o resulta muy doloroso -alegrémonos de que así sea-. *Fist* significa puño, pero se no mete el puño, sino que formando una cuña con los dedos empapados en aceite... No puedo seguir describiendo tanta depravación. Pero ¿queréis identificar a quienes realizan tales horrores? Los homosexuales que desean esto, envalentonados por la deplorable tolerancia actual, se colocan un pañuelo rojo en el bolsillo izquierdo del pantalón, para atraer a otros pervertidos.

Llena de maravilla lo que hombres y mujeres son capaces de realizar para obtener placer de un simple y pequeño esfínter. ¡Cuánto más pecarán con el cuerpo entero o con partes ya de por sí placenteras y tentadoras! Espantados por la somera descripción de tales perversiones, reafirmémonos en nuestra castidad y refugiémonos en la oración y en las lecturas santas. Y si nos vemos a punto de caer, releamos esta pequeña epístola para apartar de la mente tan soeces degeneraciones.

Que la paz sea con vosotros, hermanos pecadores. Amén.